

HISTORIA POLITICA Y POLITICA HISTORICA

¡POR ENRIQUE DE GANDÍA

La historia es lo que ha ocurrido en el pasado, lo que ocurre en el presente y lo que ocurrirá en el futuro. Pero también es juicio: el juicio de los hombres de una época que juzgan a los hombres de otra época. Ahora bien: el juicio de un tiempo sobre los hombres de otro tiempo varía con el variar del tiempo. En el Renacimiento no se juzgaba la antigüedad con el mismo criterio con que se juzga hoy en día. Y en un mismo siglo, en un mismo año, no todos los hombres juzgan el pasado del mismo modo: unos lo ven con un color y un sentido y otros con otro color y otro sentido. Es que la historia no es sólo pasado. La historia es presente porque sirve a los hombres para combatir a los muertos y también a los vivos: a los hombres vivos que piensan como pensaban los muertos, sus enemigos. Esto significa que la historia se une estrechamente a la política, mejor dicho, que hay una historia política en el ayer y una política histórica en el presente. La historia, de este modo, no se interrumpe. Los enemigos de años pasados dejan sus ideas en los enemigos de hoy. La historia tiene un fin último, una ética que no todos los historiadores presienten o sospechan. La historia es una acumulación de fines intermedios que llevan a una perspectiva escatológica. La historia es una ciencia y como toda ciencia busca la verdad; pero esta verdad implica también un pragmatismo, es decir, una doctrina que identifica lo bueno con lo útil. En una misma doctrina hay a menudo varias ideologías y cada ideología puede contener varias subideologías. Por otra parte, el fervor de los principios a veces no deja ver las situaciones concretas. Todo historiador quiere conocer y, enseguida, tener un objetivo. Como sujeto tiene una intención, una tendencia, una teleología, y, de acuerdo con el objeto, tiene una finalidad. El historiador ideal no debe tener finalidades

previas a la investigación. La finalidad debe surgir sola de la investigación, pero a menudo sucede lo contrario: el político se lanza a la historia con una finalidad hecha y quiere que la historia le dé las bases en qué apoyar esa finalidad. Los historiadores utilizan la historia para defender sus doctrinas, sus creencias, su política: unos porque piensan que sus convicciones nacen de la verdad y de la justicia del pasado; otros porque están seguros que sus ideas deben encontrarse y coincidir con las del ayer. Estos últimos no son como los primeros, que arrancan de la historia una verdad: quieren imponer a la historia su verdad. Son historiadores al revés, que en lugar de referir la historia de ayer a hoy, la recrean, a su gusto, de hoy hacia el ayer, no con las ideas del ayer, sino con las ideas de hoy. En pocas palabras: la política de la historia; la historia al servicio de la política, no la política al servicio de la historia. La historia no parece como fue ni dice lo que dijo, sino que el historiador político la muestra como le interesa que parezca y le hace decir lo que a él le conviene que haya dicho.

Es por estas razones que hay historiadores que unen la historia con la política en que ellos actúan. Son los historiadores que deforman el pasado, que calumnian a determinados personajes, que enaltecen a otros, sin merecerlo, y que transforman la historia, no por lo que puedan revelar nuevos documentos, sino por lo que ellos pretenden que la historia sea. No hay que buscar en esta historia falsa un trasfondo a nosotros desconocido, como tiene toda historia e incita a rastrearlo al historiador honesto. Hay que buscar el trasfondo que tiene el historiador que la inventa, el trasfondo de su política y de sus intenciones. La desfiguración de la historia tiene, por tanto, dos causas o razones que deben ser explicadas. La desfiguración que originan nuevos aportes documentales, que desmascara a ciertos personajes y dice verdades inesperadas y hasta increíbles, y la desfiguración sin causas ni razones atendibles, hecha por el político historiador que dé a la historia el color y el aspecto que él desea darles.

La historia discutida por quienes la desfiguran con documentos y quienes la alteran con su política encuentra a los tradicionalistas o inmovilistas o continuistas que quieren verla esculpida en piedra para que nadie jamás pueda modificarla. Son los partidarios de las lápidas, de los juicios que puso el ayer y que en el presente no siempre confirman quienes la enriquecen con nuevos aportes o la utilizan, falseándola, para sus fines. Triple polémica de tradicionalistas

estáticos, que nada hallan que modificar, de revisionistas que dicen verdades y de revisionistas que dicen mentiras. El lector aficionado y aún el especialista no siempre sabe qué ruta seguir. La historia le ofrece tres caminos: el de la tradición, el de los archivos y el de la política. Todos están convencidos de su razón: unas, quedándose inmóviles en los juicios que se emitieron ayer; otros, tratando de comprobar si esos juicios dijeron verdades, y los últimos amoldando la historia, artificialmente, a su política.

Estas tres tendencias de la historia, tanto en la Argentina como en cualquier parte del mundo, chocan entre sí y también chocan con quienes no tienen ninguna tendencia. ¿Por qué, se preguntan, hay que polemizar? ¿Por qué los historiadores no se ponen de acuerdo en un juicio definitivo? Nada más imposible, por no decir absurdo. Cada historiador acusa a su contrario de anticientífico, de irrespetuoso, de político. Hay quien habla, en la historia argentina, de una interpretación colonialista, de una visión impuesta desde Caseros, de una tendencia liberal o antiliberal, de un materialismo histórico, de una influencia nazista. La historia colonial ha salido del marco de las calumnias contra España y se rige por una estricta documentación histórica. Las ideas políticas de la colonia pertenecen a un tiempo superado por la independencia. Son las ideas del período independiente las que se discuten: la personalidad de Alzaga, la de Rivadavia, la de Rosas y las de otros muchos personajes. Porque esos hombres tuvieron ideas que hicieron historia y crearon partidos: unos invisibles hasta hace poco tiempo y otros muy visibles en cualquier tiempo. Los continuadores de esas ideas son los que hoy discuten poniendo a los muertos por delante.

Tomas Paine se reía, cuando incitaba a la revolución en la América del Norte, de que los muertos cientos de años antes mandasen a los vivos con sus leyes vetustas. Era un principio de sentido común que los vivos no se dejasen mandar por muertos. Algunos historiadores, en cambio, quieren que los muertos sigan dándonos sus leyes. Los muertos mandan. Pero ocurre que unos muertos, con sus leyes, hicieron mucho bien a la patria, y otros, con las suyas, hicieron mucho mal. ¿A quiénes seguir? Aunque parezca increíble, quienes más luchan para obedecer a los muertos son los que siguen a los que destruyeron la patria. Esto, según ellos, es luchar por la nacionalidad. Otros historiadores dicen, justamente, que están luchando por la traición.

La historia tiene sus tiranías como las tiene la política y también el amor. Hubo un tiempo en que una historia, que se llamaba oficial, imponía sus dogmas, eternos e indiscutibles, y nadie podía apartarse de ellos. Fuimos de los primeros en romper muchos de estos dogmas y sabemos lo que ello nos costó. La historia estaba hecha y la historia no había que tocarla. El que la tocaba se enemistaba con un hombre influyente, con un maestro, que le cerraba un diario, una tribuna, una cátedra, una institución. Era el hereje mirado con horror o con lástima. Hoy la verdad se ha abierto paso a golpes de documentos; pero junto a estos luchadores "documentales" están los luchadores políticos, los que se aprovechan del nuevo ambiente de libertad, para lanzar sus interpretaciones y sus teorías. ¿Qué significa teoría? En griego quiere decir mirar, así como análisis significa desligar. El que mira, mira a su modo, tiene su juicio; pero es un juicio, una mirada, personal. Es una opinión nacida de su manera de ver, no de pruebas, de elementos que permitan formar un juicio. Ciertos teóricos, o sea, hombres que miran a través de sus cristales, emiten juicios con el color de sus anteojos. Así opinan, con pruebas que sólo son cristales coloreados.

En esta manera de mirar —teorizar— la historia unos historiadores acusan a otros historiadores de haber impedido comprender el pasado. Tal vez tengan razón. Nosotros mismos sabemos cómo se nos combatió cuando empezamos a decir verdades. Pero lo erróneo de estos historiadores es que al decir esta verdad caen en un error o en una sinrazón mucho peores que las injusticias de otros tiempos. Son políticos y como tienen ideas contrarias a la libertad, al auténtico nacionalismo argentino, que es el espíritu de la libertad, acusan falsamente a quienes construyeron el país de haberlo destruido y defienden, como constructores de una nación, a quienes la destruyeron. Esto sería antifilológico o sibilino si no diéramos un nombre enseguida: Rosas y su política. Estamos girando en torno a un hombre y a una política, a un hombre que no hizo una política, sino que fue instrumento de esa política. Unos quieren una interpretación a la antigua, en que el personaje era comparado a Nerón. Otros lo interpretan como elemento de su porteñismo que para disfrutar las rentas del puerto dejaba en la miseria a las provincias y hasta cerraba los ríos con cadenas, y otros lo ven como el ejemplo de la argentinidad, de la soberanía y de la unión federal de todas las provincias.

Estas tres teorías o maneras de mirar —y de ver— a Rosas nacen de tres campos de ideas muy diferentes. Los que identifican a Rosas como Nerón no fueron precisamente los hombres poderosos de Buenos Aires, sino los pobres expatriados, los poetas y escritores románticos, con Florencio Varela a la cabeza, que defendían un centralismo o unitarismo federal que ofrecía Buenos Aires como capital a todas las provincias y repartía entre ellas las rentas de su aduana. Estos unitarios eran tan federales como los federales constitucionales, también proscriptos por Rosas y llamados lomos negros. Los que ven estos hechos de esta manera, pero no acuden a ejemplos neronianos, sino a las ideas de los unitarios, defensores de la libre navegación de los ríos, para que todas las provincias se enriqueciesen y no lo hiciese sólo Buenos Aires, son los historiadores que muestran la historia tal cual fue, los que exhiben documentos y no teorías o maneras de ver a través de cristales políticos. Y, por último, están los que hacen de Rosas una bandera para denigrar el pasado, en especial a los hombres que defendieron la libertad, y enaltecer a los tiranos del presente. Son, como dijimos, los que hacen de la historia una política histórica.

Estos tres grupos se acusan recíprocamente de haber deformado y deformar la historia. Cada uno tiene sus razones y cree estar en la verdad. La injusticia que cada cual cree hallar en su contrario lo lleva a la lucha con exasperación. Salta la injuria, la acusación de retrógrado, de falsario, de tiranófilo, según el teórico que la lanza. Las tres interpretaciones tienen sus partidarios y por tanto su sistemática. La guerra se hace con un arte especial. Ya no se trata de historiografía, sino de política y, casi siempre, de antipatías personales. Salvo excepciones, los combatientes se detestan. Basta que uno diga blanco para que el otro diga negro. Algunos hablan de una conciencia nacional, de un pensamiento político nacional, pero quienes más emplean estas palabras son los que menos saben qué es nacionalismo y cuáles han sido los ideales que han creado nuestra nación. Como defienden una política actual y no la política que hizo la patria confunden el nacionalismo extranjero en que se basan con el auténtico nacionalismo de nuestra historia. Ahora somos unos historiadores que acusamos de ignorantes a otros historiadores. Mal ejemplo el que estamos dando o buen ejemplo para los lectores, para que aprendan cómo quienes quisieran una imparcialidad, una serenidad en la discusión, son los primeros en caer en una falta de respeto. Los llamamos ignorantes porque no

saben o no han exhibido jamás en sus libros y artículos lo que nosotros creemos saber: que el ideal, el nacionalismo de nuestra historia, es la libertad, el congreso, la Constitución.

Los que no piensan como nosotros recuerdan los orígenes de lo que llaman revisionismo. El revisionismo, según ellos, surgió de la necesidad de defender una política nacional. Nosotros sostenemos que nació del deseo de defender una política antinacional, la de Guillermo II, primero, y la Hitler, después: propósitos políticos muy distintos a los que dieron vida a las naciones hispanoamericanas. Empezó así una lucha de eruditos para restablecer la verdad. ¿Qué verdad? En primer término: la que nos dice cuál fue el origen y la esencia del nacionalismo argentino; la que nos dice qué querían los unitarios, los federales constitucionales o los negros, los románticos y los porteñistas también llamados rosistas. Cada historiador explica estos temas a su manera, de acuerdo con documentos, unos, y con teorías, maneras de ver, otros. Cuando todos se encuentran con la realidad del país, desde la colonia hasta fines del siglo XIX, cada cual trata de explicar esa realidad de acuerdo con sus conocimientos y sus creencias. Unos dicen que en la colonia, a fines del siglo XVIII, hubo un monopolio, una prohibición comercial que empobrecía a Buenos Aires y a las provincias. Otros, como hicimos por vez primera nosotros, acuden a los libros de las casas de comercio y demuestran que a Buenos Aires llegaban buques de todas las partes del mundo. Unos afirman que Rosas quiso la unidad del país, la libertad de las provincias, etcétera. Otros demuestran que Rosas defendió el federalismo para que su provincia tuviese la exclusividad del comercio y dejó, egoístamente, que las provincias agonizasen en sus "independencias", sin Congreso, sin Constitución, sin capital, sin la más mínima ayuda. Pero cuando esta realidad, la hipertrofia de Buenos Aires y la pobreza de las provincias, es demasiado evidente, los rosistas no la niegan, la explican por la influencia inglesa. Gran Bretaña, según estos teóricos, obstaculizó el desarrollo industrial argentino para aprovecharse de su ganadería. Nos mantuvo en el atraso, en el subdesarrollo, para explotarnos. No nos dicen por qué no se libró de Rosas de esta supuesta explotación, por qué no creó, con su autoritarismo, empresas como las que había en Londres, por qué no hizo fabricar tejidos como los de Manchester en vez de vender lanas, cueros y carnes a los ingleses. Todo esto se lo culpan a los que vinieron después de Rosas. Los que abrieron las puertas de la tierra, los que dieron a las pro-

vincias la libre navegación de los ríos, los que quisieron una Argentina grande y terminaron por convertir a Buenos Aires en Capital Federal del país, esos son el blanco de los rosistas, los que son tildados de vendepatria, de aprovechadores y explotadores de la clase media y la clase pobre, enriquecidos con la pobreza del país. ¿Esto es historia o es política? Sería historia si fuese verdad, pero es sólo política, y una política de rencores, de fracasos, de ansiosos de recuperar el poder, lo mismo por medio de un neonazismo que por medio del comunismo. En su odio a los ricos, a los hombres ilustres, al pasado glorioso de la patria, denigran hasta de los ferrocarriles. Partieron de Buenos Aires para favorecer esta ciudad; se hicieron para facilitar el comercio de los ingleses, no se hicieron para estimular las industrias locales. Son una muestra imperialista, antiprogresista, etcétera. El delirante que escribió estas cosas hoy no puede defenderse y por tanto no lo mencionamos. ¿De dónde iban a partir los ferrocarriles sino del puerto mayor y casi único del país? ¿Facilitaron el comercio de los ingleses o de todas las provincias que enviaban sus productos a Buenos Aires —y los siguen enviando— y de todas las naciones que los embarcaban en el puerto de Buenos Aires? ¿Qué gobierno iba a obligar que se construyesen relojes o máquinas de coser y no que se criasen ganados? La historia no se puede escribir diciendo que hace cien años el país debía haber tenido la industria que apenas hoy comienza a tener o todavía no tiene. Si no tuvimos industrias como en Londres o en París es por causas que no dependieron de nuestras luchas políticas. Muy posible es que haya sido porque Rosas persiguió a los extranjeros y retardó el progreso del país. Si alguien fue imperialista y no progresista no fueron los políticos que defendían la libertad, el libre comercio, la libre industria, la inmigración de hombres y capitales, sino los que ponían cadenas en los ríos para que el comercio afluyera exclusivamente a Buenos Aires, a sus casas de negocio, y las provincias se murieran de hambre. Afirma que hubiéramos debido competir, en tiempos de Rivadavia, con medio millón de habitantes, con Estados Unidos y Alemania en materia industrial, como ha escrito un simpático colega, es decir una zoncera tan grande que no merece refutación.

Estos hombres sostienen que antes y después de Rosas los argentinos que dirigieron el país trataron por todos los medios de imposibilitar la creación y el desarrollo de un pensamiento nacional.

Muy difícil es sostener una monstruosidad mayor. El culpable de que la nación se realizara era, según estos hombres, el liberalismo.

El ataque al liberalismo ha venido de grupos muy disímiles y en distintas épocas. Nos hemos ocupado de este punto en otras páginas. El liberalismo ha sido capitalismo, enriquecimiento del pueblo, bienestar, libre competencia, triunfo de los más capaces, progreso continuo. Las dos guerras mundiales y una cadena de causas espirituales fueron debilitando el liberalismo hasta hacerlo casi desaparecer. Desapareció, en efecto, en la economía y estuvo a punto de esfumarse en política con el comunismo, el nazismo y el facismo. El clericalismo, como es lógico, también lo combatió. Y últimamente, en los países liberales, el advenimiento de las masas ha sido otro golpe al liberalismo. Las masas no quieren estudio, no quieren especialización, no quieren competencia de los más capaces; quieren distribuirse los bienes de los ricos, quieren siempre un sueldo mayor, no admiten que se deba ahorrar para forjarse un futuro. El liberalismo es su enemigo. Que el Estado provea todo, que haya diversiones y buenos sueldos. En Roma se pensaba lo mismo y Roma se hundió. Por algo las llamadas "élites" están en contra de los caudillos. Unas defienden el bien del país. Los otros defienden una masa que los sostiene a costa del país. Que se hunda el país, pero que abunde el vino. Rosas sostuvo esta política. También la sostienen, en estos momentos, los que ha llevado la patria al borde de todos los desastres y los que quieren volver a llevarla. El gobierno de las masas es el gobierno de un aprovechado y la ruina de la nación. No es una casualidad que los rosistas defiendan, después de Rosas, a los gobernantes que han adulado a las masas, que han gobernado con los peores, que no pueden exhibir uno solo progreso dado al país.

Los políticos de la historia terminan por dejar la historia y hablan de lo que a ellos realmente interesa: la política de masas. Son las "élites" que no entienden a las masas —dicen— no las masas las que no entienden a las "élites". La verdad es que, posiblemente, no se entienden ni unas ni otras; pero entre ser gobernados por gente que sabe gobernar y gente que no sabe nada, la elección no es dudosa. Entre las negras y unos miles de pobres hombres que seguían a Rosas porque los obligaba la "élite" que sostenía a Rosas y que, cuando fue preciso dar la vida por Rosas, no hubo uno que moviera un dedo, y el grupo o grupos de pensadores que estaban en contra de Rosas y querían evitar la vergüenza de que hubiera

cadenas en nuestros ríos y el país, con impuestos enormemente aumentados para enriquecer a Buenos Aires, siguiera gimiendo en la miseria, tampoco ese dudosa la elección. Con el agravante de que entonces se trataba de una ciudad y de un pequeño partido de porteñistas rosistas en contra de una nación que tenía a unitarios y a federales constitucionales ansiosos de dar libertad y riqueza a todo el país mientras que ahora se trata de masas a quienes un conductor o intérprete de sus pasiones hizo todo lo posible para inculcarles los odios más grandes en contra de sus hermanos argentinos.

Los hombres que hacen política hacen muy mal en escribir historia. Que sigan con la política si ese es su oficio o su pasión; pero que no lleven los problemas de la política actual a la interpretación de la historia, es decir, del pasado, no del presente. El historiador debe desligarse del político, porque si no la personalidad del político terminará por obnubilar la del historiador. El gran error o la gran desgracia del revisionismo rosista ha sido la de estar insuflado de política. Los historiadores rosistas han sido y son todos hombres de políticas fracasadas. Han utilizado la historia como sostén de su política. Han creído que el pasado podía reforzar su política y llevaron esa política a una práctica semejante a la del pasado. Violencias, asaltos, secuestros, asesinatos. En vez de degüellos, tiros. La historia inspiradora de la política. Triste articulación perfecta del pasado con el presente.

Estos revisionistas rosistas quieren llevar la historia a dimensiones económicas y sociales. No se puede llevar la historia a lo que no existió o no constituyó un problema histórico. Los problemas sociales y económicos de hoy no son los de ayer. No han sido olvidados. Hay que reconocer que no han existido. La historia de ayer por la historia de hoy. Siempre la historia invertida, al revés. El pueblo de Rosas no ese el pueblo de Yrigoyen ni los dos pueblos han sido el pueblo de otro presidente posterior. Entre los tres pueblos hubo diferencias enormes. Querer decir que fue un mismo pueblo, con los mismos problemas y los mismos ideales es demostrar que se está tan débiles en historia como en política.

Los políticos historiadores que hacen política demagógica sostienen que lo nacional está presente cuando está presente el pueblo. Esto significa, en otros términos, que lo nacional es lo popular. Un tango es, por tanto, nacional cuando lo canta o lo silba todo el pueblo. Del mismo modo debemos decir que un gobernante es na-

cional cuando lo sostiene el pueblo. Y ahora nos preguntamos: Rosas ¿fue sostenido por todo el pueblo de la Argentina? No creemos que exista un historiador que lo afirme. Sostener no lo sostuvo nadie, excepto los grupos capitalistas porteños. En las provincias lo soportaban y adulaban, por temor, algunos gobernadores. Cuando hubo que defenderlo no se movió una sola de las catorce provincias y ya se sabe cuán poca resistencia hicieron las tropas que él reunió en Caseros. La fórmula que identifica nacional como popular no sirve para presentarnos a Rosas como a un elemento popular. Por otra parte, lo nacional no es siempre popular, ni lo popular es siempre nacional. Hay movimientos populares, más o menos improvisados, que son la negación de lo nacional argentino, de los ideales y fuerzas políticas que hicieron la nación y la mantuvieron durante un siglo y medio de vida.

Los políticos historiadores se dividen en tres *istas* diferentes: unos son nazistas, otros son comunistas y otros son de un ismo intermedio que tiene todo lo malo de los dos otros ismos. Frente a ellos están los liberales que saben separar muy bien la historia de la política y cuando escriben historia escriben historia y no política. Los tres *istas* a que aludimos se acusan recíprocamente de no saber interpretar el pasado argentino, especialmente la época rosista. Según unos y otros ninguno de ellos supo encontrarse, tanto en el presente como en las interpretaciones del pasado, con la realidad histórica. Esta realidad es el pueblo: un pueblo tan escondido o que los miró con tanta indiferencia que no supieron encontrar. Lo que ocurrió y ocurre es que ese pueblo no puede ser interpretado en su pasado con una política que le es posterior en un siglo. Anacronismo elemental que ningún estudiante de historia, con un curso de introducción aprobado, sería capaz de cometer. Es que estos historiadores no han asistido jamás a un simple curso de introducción a la historia, aunque a veces citen a Bloch o a Bauer. Es por esta causa, y por el afán de querer confundir historia con política, que los libros de historia rosista escritos por izquierdistas nacionales e internacionales y derechistas nazistas, fascistas o criollos pasan por alto la historia, no citan un documento, o utilizan el pasado para hacer demagogia y demostrar el inmenso desconocimiento que tienen de la historia.

Cuando los rosistas políticos tratan de penetrar en la historia se sorprenden de que un Pedro Ferré, correntino, se haya acercado a los unitarios o haya estado de acuerdo con ellos. Su sorpresa es

explicable: ignora que federales y unitarios coincidían en sus defensas de la libre navegación de los ríos. El máximo error consiste en creer que Rosas era federal como los demás federales. Los historiadores rosistas explican que si realmente hubiese sido diferente habría que admitir que los federales se engañaban, lo cual es poco probable. No se engañaban, en efecto, los hombres que sostenían a Rosas porque ellos y Rosas eran unos federales *sui generis*: unos aislacionistas que querían el federalismo para que su Buenos Aires recogiera todas las entradas del país y no quedara nada para las provincias. El hombre que, empíricamente, tuvo menos sentido nacional fue Rosas. Habló de nación y de confederación para tener las provincias subyugadas, bajo su mando, no para distribuir entre ellas las rentas de la aduana que no salían de Buenos Aires. Rosas era tan amante de lo nacional que ponía cadenas a los ríos que bañaban algunas provincias. Así era materialmente imposible todo intento de comercio.

Rosas ha sido presentado como una figura clave. Ha sido como confundir los bigotes del gato con el gato. Rosas era los bigotes. El gato era Buenos Aires, es decir, la pequeña "élite" que en Buenos Aires levantó a Rosas porque defendía sus intereses y, con su federalismo aislacionista y egoísta, los hacía intocables e insospechables. Estos historiadores han descrito los bigotes y se han olvidado de describir el gato. La política del pasado es la historia del pasado, no es la historia del presente. El presente tiene siempre otra historia porque la historia nunca se repite. Sostienen que los políticos del tiempo de Rosas afirmaban que la nación había sido hecha para la democracia y no la democracia para la nación. Ningún político de aquellos tiempos dijo tal cosa. Son los de hoy, de ideas totalitarias, los que lo dicen, y si alguien, entonces, lo hubiese dicho habría expresado una gran verdad. La independencia se hizo para alcanzar la libertad que no querían reconocer los reyes de España. La independencia, la nueva nación, fue un medio para tener libertad, es decir, congreso, constitución y capital —todo lo que Rosas negó tenazmente—. El congreso, la constitución, vinieron después, fueron los fines, no los medios para alcanzar la independencia. Una independencia sin libertad, sin congreso, sin constitución, no interesaba a nadie. Era lo que se tenía dentro del reino de España y las Indias. Sostener lo contrario, decir que la nación no se hizo para la democracia, es ignorar la marcha de la historia argentina, los orígenes del 25 de Mayo y del 9 de Julio, es decir, de la inde-

pendencia. Es, repetimos, invertir los términos, escribir historia al revés, confundir el medio con el fin, aplicar los propósitos de un partido totalitario actual a una historia que tuvo otros fines y otros orígenes. En una palabra: es no saber la verdadera historia. La idea de nación nunca se disolvió en nuestra historia ni otras naciones intervinieron en la solución de nuestros problemas internos. Esta calumnia es repetida con constancia por los políticos que difaman nuestro pasado. No ocurrió ni en tiempos de Rosas. Las provincias desunidas por la política rosista, al borde de la descomposición nacional por la miseria y el aislamiento a que las condenaban el porteñismo y el rosismo, su expresión política, se mantuvieron unidas por un sentido espiritual de patria que nunca las abandonó. En cuanto a la calumnia de que otras naciones vinieron a dirigir nuestros destinos jamás podrá comprobarse que fue una verdad. Sólo los comunistas y los nazistas, extranjerizantes redomados, son los que están pendientes de las órdenes del exterior para actuar como traidores en nuestra patria. Ellos son los que quieren someternos al extranjero y ellos son los que hacen de la política una interpretación histórica para dar al nacionalismo argentino, pura esencia de libertad, un origen y un carácter que nunca tuvo y que sólo conviene a sus fines.

La historia argentina tiene dos grandes historias: la de Buenos Aires y la de las provincias. Las dos unidas forman la gran historia argentina; pero ambas tienen que ser estudiadas como un enfrentamiento y no como una unidad porque las dos entidades respondieron a ideas políticas muy diferentes y, por tanto, a intereses opuestos. Buenos Aires tuvo sus razones para obrar como obró y producir el fenómeno, es decir, el hecho, del rosismo, y las provincias tuvieron las suyas, innegables, para rebelarse contra Rosas, detestar a Buenos Aires y estar sometidas al gran tirano, o sea, a la presión de Buenos Aires, cuando sus fuerzas no les permitieron hacer otra cosa. La rebelión de Urquiza fue, en realidad, la rebelión de todo el país contra Rosas, harto de sus mentiras y del encierro en que lo consumía.

La historia argentina debe explicar, decir verdades, exponer los hechos tal cual fueron, para que las generaciones actuales y futuras los juzguen cada una con su criterio. En esta exposición debemos reconocer que la política de unas "élites" porteñas hizo posible el rosismo y lo mantuvo porque le convino y convirtió a su ciudad en la más rica de América. El rosismo no fue un hecho nuevo.

Existía antes de Rosas y continuó después de Rosas. El porteñismo mantuvo el rosismo, no fue el rosismo el que mantuvo al porteñismo. Si el rosismo no hubiese convenido al porteñismo, el rosismo no habría durado un día. Por ello cuando el hombre Rosas huyó, derrotado por las provincias, el rosismo siguió sin Rosas hasta que las provincias convirtieron el porteñismo provincial en un porteñismo nacional.

Los revisionistas rosistas utilizan la historia enfocada al revés para encandilar a los patriotas ingenuos con unas frases deslumbradoras. La más común es la que decanta la liberación nacional o la independencia económica. Hace pocos años, unos políticos nefastos declararon en Tucumán, en una parodia ridícula, la independencia económica. Estos políticos historiadores pretenden que la Argentina rompa sus relaciones comerciales con medio mundo para comerciar únicamente con Rusia, con China o con la Cuba castrista. Si se vende el petróleo a Estados Unidos se habla de la "entrega del petróleo". Si se vendiera a Rusia dirían que nos protege con sus adquisiciones o compensaciones. No faltan los que prefieren que el petróleo siga bajo tierra. En esta forma es "argentino" y no se "entrega".

Estas farsas que tienen como único sustento una historia deformada, tergiversada a sabiendas, no es revisionismo ni nada que se le parezca. Es engaño o triste fantasmagoría. El verdadero revisionismo, que profundiza en los archivos y analiza los documentos, con las ideas del tiempo y no con nuestras luchas políticas, encuentra en el rosismo enfoques nuevos, que realmente representan un avance en el conocimiento histórico argentino. Rosas aparece cada vez más pequeño, por no decir insignificante, frente a las fuerzas políticas de la ciudad del puerto. No hubo un Rosas. Hubo muchos Rosas ocultos, que mantenían el rosismo porque les convenía, que predicaban y enaltecían el federalismo porque el aislamiento de las provincias representaba la riqueza de Buenos Aires. Hay que estudiar estos Rosas de las sombras, no el pobre Rosas que daba la cara y cargaba con todas las culpas. Rosas tenía que ser Rosas a la fuerza. Era un absolutista, un tiranuelo de barrio, que aparentaba tener un gran poder porque los Rosas que estaban detrás suyo le permitían hacer ese papel. El revisionismo nos ha descubierto el secreto de Rosas, la verdadera fuerza que le prestaban o le debían los hombres de Buenos Aires. Se ha dicho que la Legislatura temblaba ante Rosas. Era Rosas que temblaba ante la Legis-

latura. Ahí están cientos de documentos que lo atestiguan. Esto no agradará a los rosistas fanáticos, a los adoradores de un déspota *aterrante*, que causa terror —de esta palabra, tan usada entonces, proviene la enigmática voz de *atorrante*: descubrimiento filológico que se debe exclusivamente a nosotros—, ni a los antirosistas que convierten a Rosas en único culpable para que no caigan sobre sus antepasados las responsabilidades del exclusivismo porteño. Rosas no era sostenido por la chusma de Buenos Aires —las chusmas nunca sostienen a nadie, son egoístas, envidiosas, rencorosas, traidoras—; era sostenido por las fuerzas de Buenos Aires. Por ello se hacía el aterrante y se rodeaba de elementos, que aterraban por las calles, hasta que, con el andar del tiempo, cuando pasó el terror, los aterrantes rosistas se convirtieron en atorrantes: los típicos vagos de Buenos Aires.